EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 11670

PRECIOS DE SUSCRICION
En la Península—Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses, 11'25 id—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—Toda correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIERCOLES 5 DE JUNIO DE 1901

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

NO SE EXPLICA

El descubrimiento por la guardia civil de Molina, relativo á las estafas hechas á varios fabricantes de Madrid, Barcelona y otros puntos, por individuos que residen en Murcia y en otras poblaciones de la misma provincia, nos hacen pensar, al ver el suelto periodístico, que, con frecuencia lamentable pero incomprensible, aparece en la prensa de la corte: nos referimos al célebre timo del tan acreditado portugués.

Cada vez que leemos ese suelto, pensamos en lo tonto que será el timado ó en la ignorancia que tendrá almacenada en la mollera; porque solo sufriendo enfermedad de tontería o viviendo apartado del mundo, sin leer periódicos ni enterarse de nada, se puede comprender que haya quien se deje engañar de ese modo tan burdo.

Y efectivamente; de tontería ó ignorancia padecen los timados, porque siempre resulta que las víctimas son gente del interior, campesinos que juzgan caballero a todo aquel que lleva larga la chaqueta.

Bajo este punto de vista la cosa resulta explicable. La ignorancia lo disculpa todo. Pero como esa circunstancia no existe en las estafas descubiertas en Murcia, no nos explicamos que un día y otro día puedan realizarse por varios individuos de una sola región.

Nuestro colega de Murcia «El Diario» tampoco se lo explica. A este propósito dice lo siguiente:

«Lo que no nos explicamos es como hay todavía fabricantes y productores que se dejen timar, cuando es tan facil adquirir informes fidedignos, y cuando tantos casos, como los de que se trata, se han dado en Valencia, cuando lo de «La Nazarena» y en otras poblaciones, otras compañías.»

Tratándose de un caso aislado no tendría nada de particular. Al mejor cazador se le va una liebre y un timo aislado resulta facilísimo á la larga si el timador ha preparado el campo para hacer la cosecha.

Pero no es uno sino un centenar; ni es un timador sino varias docenas; ni solo un fabricante el estafado sino muchos; y se ha descubierto el engaño no al primer intento, sino a fuerza de ser repetido.

Lo que debe ocurrir en este asunto —y solo así se explica de algún modo el cúmulo de estafas realizadas—es que a favor de la dura competencia de los fabricantes, se olvida un poco la prudencia y se sirven pedidos a cualquiera que medianamente justifique ser buen pagador. De este modo se vende más pero se cobra menos, siendo aquéllos víctimas de su excesiva confianza.

Y hay otro elemento que contribuye a pagar los vidrios rotos: el comercio de buena fé, que se ve forzado a luchar con los estafadores que venden los artículos á precios verdaderamente ruinosos para aquél.

El asunto de las estafas está en los tribunales y éstos dirán cuantos y quienes son culpables en ese delito, que si cuando aislado daña solo a contadas personas, cuando se generaliza daña á clases respetabilísimas y aun a la región en que se desarrollan

LES SEGADORS

¡Qué dice esa canción! ¿Porqué en mi oido
cual nunca suena ingrata
del catalán arisco y despegado
la lengua dura y áspera!

No es aquel varonil *desperta ferro*
del feroz almogávar,
que las costas de Grecia y de Sicilia
un tiempo amedrentara.

Es el himno del odio que convoca
al ruin á la venganza;
el canto de las hoces traicioneras
contra la madre España.

Yacía bajo el polvo de tres siglos,
y lívido se alza
entonando otra vez impenitente
la estrofa sanguinaria.

¡Insensatos! ¿Porqué? Porque sois fuertes,
es tal vuestra arrogancia
que á maldecir á vuestra madre os lleva
la soberbia satánica...!

¿No ha de ser ¡ay! el brazo más robusto
del árbol de la patria
el que de los demás con detrimento
sorbió toda la sávia?

Por él, sin el amparo de Castilla,
se secan otras ramas;
que madre fué no más de Cataluña;
de las otras, madrastra.

Vedla cómo por ella generosa
en Cuba se desangra,
y expulsa en el fondo de los mares
con la honra las escuadras.

Y ¡ay! Cuando vuelve cual leona herida
y en las libres montañas
por si despierta vengadores ecos
largo rugido lanza;

Cuando teme que el yanqui con el torpe
designio de ultrajarla
en el sagrado del solar ibero
ponga la odiosa planta;

Cuando con el rubor de la derrota
en las mejillas flacas,
é implorando la ayuda de sus hijos,
revuelve la mirada,

Los guerreros del Bruch degenerados
responden á sus ansias
ofreciendo empuñar, si el yanqui asoma,
¡una bandera blanca!

Y ni en paz le permiten que restañe
tanta herida enconada;
que con mano sacrílega y maldita
sus vendajes le arranca.

Y olvidados de Dios, y entre el ludibrio
de canciones villanas,
abominan el nombre de españoles
y aun gritan *¡Muera...*—¡Calla!

¡Calla... hasta enmudecer! Si, lengua mía,
antes pierdas el habla
que repetir el grito miserable
contra mi madre santa.

Españoles no son. Cierto: ese grito
jamás se oyó en España;
y, á sonar, entre manos de Españoles
se ahogara en la garganta.

Españoles no son. Del tronco añoso
del árbol de la patria
la rama que brotara tan robusta
no sorberá más sávia.

¡A cortar! ¡á cortar! Para abatirla
vuestras hoces no bastan;
entonemos aquí los españoles
el himno de las hachas.

Para burla y escándalo del mundo
con estrépito caiga,
aunque retuerza el corazón del árbol
sus fibras lacradas.

Eterna con la herida la memoria
será de quien la causa;
pero oye, tú, que de condal señora
te alzaste á soberana.

Rama que tiene el corazón podrido,
si se corta ó desgaja,
nunca en la propia ó en agena tierra
ni se ingiere ni arraiga.

Suscitasteis la cólera del cielo,
y su centella rápida
alumbrará á la vez un triunfo efímero
y tu muerta esperanza.

E irán tras tí cual vengativas sombras
la soberbia humillada,
la miseria, el horror al renegado
y el estigma de ingrata.

Más... ¿qué pasa por mí? ¿Será posible
que á esa visión infausta
llenarse sienta de congoja el pecho
y los ojos de lágrimas?

Si; que al umbral de la mansión materna
que enluta la desgracia
á despedir llorando á la hija pródiga
se agolpan sus hermanas.

Yo no puedo olvidar que sublimaron
mi historia sus hazañas,
ni arrancar con las hojas de ese libro
pedazos de mi alma.

Catalanes al moro conquistaron
mi Murcia idolatrada,
y á caso en su favor algo en mi grite
de su sangre cristiana.

Acaso no es entera Cataluña
la ilusa libertaria,
sinó la chusma vil, y de algún prócer
la estupidez dorada.

Pueblo noble y leal, á quien no ofusca
ni orgullo, ni ignorancia:
¿Cómo has de renegar de tus abuelos
al renegar de España?

Vedla que sufre dolorida y triste,
venid á consolarla;
devolvedle el amor y los respetos
de mártir, madre y dama.

Y pues el nervio sois de aquella tierra
tan ruda como hidalga,
no dejeis que su voz ni su bandera
las lleve la canalla.

Acallad para siempre ese himno infame,
esa canción bastarda,
hija de la pasión y del encono,
nacida en hora aciaga.

Do el polvo del desprecio, del olvido
duerma la noche larga,
más no enterreis las hoces traicioneras
ministro de venganza;

que del cinn mellado el corvo filo
serán las dignas armas
para que airados rebanéis con ellas,
las lenguas que reniegan de la pátria.

R. Sánchez Madrigal.

UNA SOCIEDAD DE SEGUROS

Sabíamos desde hace muchos días, que entre la poderosa Sociedad de Seguros «Aurora» de Bilbao, y algunos valiosos elementos y de capital de Cartagena, había corriente de inteligencia para la creación de una filial de aquella en esta plaza.

La noticia que llegó á nosotros se ha confirmado afortunadamente.

Anteayer llegó á esta ciudad nuestro amigo Sr. Basterrechea, hijo político de don Camilo de Aguirre, con poderes de la mencionada «Aurora», para concurrir en su representación al otorgamiento de la escri-

bek hasta Sebastopol; mientras que los dos hermanos, tan juntos que sus piernas se tocaban, permanecían en obstinado silencio sin dejar de pensar uno en el otro.

«¿Por qué me ha ofendido?- decíase el mancebo? —¿Me tomará realmente por un estafador? Parece que está aún enojado. Henos aquí peleados para siempre, y sin embargo, los dos, en Sebastopol, ¡qué dichosos hubiéramos sido! ¡Dos hermanos bien unidos entre sí y los dos batiéndose contra el enemigo! el mayor, falto quizá de un poco de cultura pero militar bizarro, y el menor... tan valiente como él, pues al cabo de una semana habré demostrado á todos que ya no soy tan niño; no me pondré colorado, mi cara se hará varonil, y el bigote tendrá tiempo de crecerme hasta aquí— decía pellizcándose con los dedos el bozo que nacía junto á la comisura de los lábios.— ¡Podrá suceder que lleguemos hoy mismo y tomemos tomar parte en alguna acción!... ¡Mi hermano debe ser muy bravo y muy tenaz! Es de aquellos que hablan poco y se portan mejor que los demás; pero, ¿hará á propósito eso de empujarme hacia el borde de la *telega*? Debe de conocer que me incomoda y hace como si no lo notara. Llegaremos de seguro hoy prosiguió mentalmente, estrechándose contra el borde del carruaje por temor, si se removía, de demostrar á su hermano que iba incómodo.—Llegamos directamente al baluarte, yo con los cañones, mi hermano con su compañía. De pronto los franceses se arrojan sobre nosotros; tiro sin cesar, mato á una porción, pero así y todo vienen sobre mí, y hé aquí que mi hermano se lanza sable en mano, yo cojo mi fusil y corremos juntos; los soldados nos siguen. Los franceses se precipitan sobre él... corro, mato primero á uno, luego á otro y salvo á Misha. Estoy herido en un brazo, cojo el fusil con la otra mano y adelante, sin parar... mi hermano es muerto de un balazo junto á mí, me detengo un segundo, lo miro con tristeza, me incorporo y grito: «¡Seguidme! ¡Adelante! ¡Venguémosle!» Y añadiré; «¡Yo quería á mi hermano sobre todas las cosas; lo he perdido. Venguémonos; demos muerte á nuestros enemigos ó muramos todos juntos» Todos me siguen gritando. Pero hé aquí al ejército francés entero, con Pellisier á la cabeza; conclaimos con todos, pero soy herido una vez, dos veces, y á la tercera mortalmente; me rodean todos; Gortschakoff viene, me pregunta lo que deseo. Respondo que no deseo nada; sólo una cosa; que me lleven junto á mi hermano y morir con él. Me transportan; me acuestan junto á su cadáver ensangrentado

VIII

Pero es este, de verdad, Sebastopol?—preguntó Volodia cuando llegaron á la cúspide de la montaña.

Ante ellos apareció la bahía con su bosque de mástiles; el mar con la escuadra enemiga á lo lejos; las blancas baterías de la costa; los cuarteles, los acueductos los docks, los edificios de la ciudad Nubes